

Del proyecto de “socialismo del siglo XXI” al populismo realmente existente

From the “socialism of the XXI century” project to present-day populism

Alfredo Ramos Jiménez

Resumen

En la búsqueda del “socialismo del siglo XXI”, iniciativa del presidente Chávez, acogida con el mayor interés por algunos gobiernos latinoamericanos en los años recientes, encontramos elementos que definen un renovado populismo, presentado bajo la forma de un proyecto unificador de las aspiraciones populares, asumiendo la tarea de construir en nuestros países una alternativa socialista a las democracias representativas en el presente siglo. Como oferta política sobredimensionada de líderes plebiscitarios y movimientos sociales identificados con la izquierda, está en el origen de una nueva mistificación política que recicla las promesas incumplidas del tradicional populismo latinoamericano en contextos dominados por la antipolítica.

Palabras clave:

Socialismo del siglo XXI; Neopopulismo; Antipolítico; Liderazgo plebiscitario; Venezuela

Abstract

The quest for “socialism of the XXI Century”, an initiative spurred on by President Chávez, embraced with utmost interest by certain Latin American governments in recent years, is filled with elements denoting a renovated populism presented under a unifying project of popular intentions, aimed at building within our countries a socialist alternative to existing democracies. As an overstated political offer made by plebiscitarian leaders and left-wing social movements, this concept is the source of new political mystification that recycles broken promises of traditional Latin American populism in contexts governed by anti-politics.

Key words:

Socialism of the XXI Century; Neo-Populism; Anti-politics; Plebiscitarian leadership; Venezuela.

Recibido: 14-05-2008

Aprobado: 28-05-2008

El intento persistente por identificar el proyecto bolivariano del presidente Chávez con una versión renovada del socialismo, impulsado en el discurso presidencial y adelantado por unos cuantos ideólogos del movimiento, se presenta lleno de inconsistencias teóricas y prácticas hasta hoy no superadas.

En la medida en que el propuesto e indeterminado “socialismo del siglo XXI” ha venido constituyéndose en una consigna ideológica un tanto movilizadora, más abstracta que real, destinada en un primer momento hacia la superación del “bolivarianismo” de los orígenes del chavismo, el mismo representa en nuestros días la única referencia ideológica del proyecto personal de Chávez, significativamente orientado más allá de las fronteras de América Latina, identificado rápidamente por algunos como “socialismo bolivariano” y “populismo revolucionario”, por otros.

La cuestión de saber si este “socialismo del siglo XXI” hunde sus raíces en las conocidas tesis del marxismo-leninismo o, si es el caso, en algunas de sus variantes latinoamericanas, sea del indoamericanismo del peruano Haya de la Torre, o bien del así identificado *populismo revolucionario*, forma parte desde ya de un debate que apenas comienza en nuestro país.¹

Si bien es cierto que la agencia política del chavismo en el poder, en sus manifestaciones más relevantes, reproduce unas cuantas características del tradicional populismo latinoamericano, particularmente en lo que se refiere al voluntarismo extremo del líder carismático, por una parte, y a la manipulación paternalista, efectiva o simbólica, de amplias expectativas populares, por otra, no lo es menos el hecho de que el discurso chavista repita otras tantas fórmulas recurrentes de la retórica anticapitalista y antiimperialista, que ha venido identificando desde el siglo pasado a los partidos y movimientos de la izquierda en nuestros países.²

¹ Dentro de la amplia literatura sobre la cuestión populista, corresponde a Ernesto Laclau un lugar destacado. Como lo veremos más adelante, para Laclau el fenómeno populista no debe ser asumido como una anomalía o desviación de la política—como ha sido tratado en la vasta literatura sociológica y política en nuestros países—, sino más bien como “una posibilidad distintiva y siempre presente de estructuración de la vida política (...) una dimensión constante de la acción política, que surge necesariamente (en diferentes grados) en todos los discursos políticos, subvirtiendo y complicando las operaciones de las ideologías presuntamente “más maduras” (Cf. Laclau, 2005:27-28, 33). Sobre el populismo revolucionario, véase Benavente Urbina y Cirino (2005).

² Los estudios sociológicos y politológicos sobre el liderazgo no han retenido hasta aquí la atención de los investigadores en nuestros países. Por nuestra parte, hemos adelantado algunas hipótesis en trabajos recientes (Ramos Jiménez, 2002 a,b; 2006).

DEL POPULISMO TRADICIONAL AL “POPULISMO DEL SIGLO XXI”

Desde su aparición en la década de los cuarenta, el populismo latinoamericano, en sus diversas versiones (cardenismo, peronismo, getulismo, velasquismo, etcétera), siempre fue considerado el enemigo “natural” de la izquierda, inclinada esta última hacia las posiciones progresistas. Los primeros intelectuales socialistas y comunistas se dieron modos, en uno u otro país, para enfrentar un movimiento popular que los iba desplazando en la ardua tarea de hacerse con el control y dirección de la masa de excluidos de la política oligárquica.

En un principio, la izquierda socialista concentró su acción y reflexión en la condena de líderes carismáticos, decididamente anticomunistas, bien provistos de ideas seductoras y promesas sobredimensionadas, con capacidad para la manipulación de las expectativas y aspiraciones de una amplia masa de la población disponible, compuesta básicamente por los recién llegados a las grandes ciudades latinoamericanas.³ Y es que las lecturas de Marx, realizadas por los fundadores de los primeros partidos de la “familia socialista” –las más accesibles, ciertamente– aportaban una base firme para condenar el fenómeno en desarrollo, identificándolo con el bonapartismo y, en consecuencia, como una desviación popular cargada de peligros para la causa del socialismo (Ramos Jiménez, 2001:211-236).⁴

En la medida en que el fenómeno populista fue tomando cuerpo en la más o menos larga etapa de transición de las sociedades latinoamericanas hacia la modernidad, se dio por descontado su carácter transitorio o provisional: la personalización del liderazgo, conjuntamente con la implantación de nuevos sistemas de lealtades políticas, basados en una creciente movilización antioligárquica, está en el origen de sus pretensiones populares o “revolucionarias”, presentes en el discurso y movilización de amplios sectores de la población.

³ Los primeros estudios y análisis del fenómeno populista latinoamericano fueron planteados a partir de diversas fuentes teórico-políticas, no siempre convergentes. Véase los trabajos de los argentinos Gino Germani y Torcuato DiTella, por una parte, y los del brasileño Francisco Weffort y el ecuatoriano Agustín Cueva, entre los más representativos de las orientaciones de la investigación que arrancan en los años sesenta del siglo XX (véase Germani, 2003; Cf. Quattrocchi-Woisson, 2007:269-300. Véase Álvarez Junco, 1987; Conniff, 1999).

⁴ No deja de ser paradójico el hecho de que un invitado “de marca” del presidente Chávez, en plena campaña por la reforma constitucional de 2007, el italiano Antonio Negri, se haya presentado en Caracas –un año después de haber presentado a América Latina como un “caso ejemplar” para la revolución del biopoder en camino– portando bajo el brazo su libro más reciente, en el que entre otras cosas advierte sobre la caducidad de la idea socialista original en los tiempos de la globalidad (véase Negri, 2006).

Como estrategia de ruptura del poder oligárquico, el populismo latinoamericano de los orígenes entró en competencia abierta con los diversos militarismos, aquellos que se fueron formando en la primera mitad del siglo XX. Y es que populismo y militarismo son las dos especies del mismo género: el autoritarismo. Un autoritarismo que surge como la alternativa viable, popular, ante los gobiernos oligárquicos o de “democracia restringida”: populismo y militarismo se alternan en el poder, como el *nouveau régime* de una Latinoamérica inestable, en tránsito hacia la modernidad (Ramos Jiménez, 1997:91-92).

De hecho, la alternancia en el poder de militares y líderes populistas resulta manifiesta en los diversos ensayos de estabilización postoligárquica. De acuerdo con Ernesto Laclau, “cierto grado de crisis de la antigua estructura es necesaria como precondition del populismo, ya que, como hemos visto, las identidades populares requieren cadenas equivalenciales de demandas insatisfechas” (2005: 222). Ello encaja en la tesis según la cual el liderazgo populista encarnó en todas partes la esperanza redencionista de vastas masas populares. Su fracaso eventual dejó abierto el paso, en casi todos nuestros países, a las aventuras militaristas de diverso tipo.

En efecto, no deja de ser relevante el hecho de que en la caída de los diversos populismos siempre estuvieron presentes los pronunciamientos y golpes militaristas, a punto tal que, promediando el pasado siglo, los golpes militares se constituyeron en la vía predominante para acabar con los extravíos y vicisitudes de los regímenes populistas—las intervenciones militaristas se justificaban entonces como respuestas “normales” a una extendida demanda democrática—, que se revelaron incapaces de sostener las movilizaciones populares antioligárquicas. Pensemos en las caídas de Perón y el peronismo en Argentina; de Getulio Vargas y su *Estado Novo* en Brasil; de Velasco Ibarra en Ecuador; de Belaúnde Terry en Perú y, en fin, de Arnulfo Arias y el panameñismo en Panamá.

Ahora bien, la definición del populismo de nuestros días—destacado por algunos como “un fenómeno siempre actual”—sigue siendo un reto para la sociología y politología latinoamericanas (Burbano de Lara, 1998:9-24; Moira Mackinnon y Petrone, 1998:13-17).⁵ “Dado que el liderazgo populista descansa—ha observado

⁵ La indefinición del término ha sido acompañada por marcados acentos peyorativos. Y es que el populismo nunca tuvo buena prensa en nuestros países: “Denostado por científicos sociales, condenado por políticos de izquierda y de derecha, portador de una fuerte carga peyorativa, no reivindicado por ningún movimiento o partido político de América Latina para autodefinirse, el populismo—esa Cenicienta de las ciencias sociales—es, en resumidas cuentas, un problema” (Moira Mackinnon y Petrone, 1998:14).

Kurt Weyland— en el apoyo masivo, el populismo tiene dos versiones, dependiendo de si sus seguidores tienen un nivel muy rudimentario de organización o están completamente desorganizados. Estas variantes corresponden, más o menos —pero de ninguna manera perfecta— al populismo clásico de los años treinta hasta los sesenta y al neopopulismo de los años ochenta y noventa del siglo XX. La variante que emerge depende de dos factores principalmente, de la saturación organizativa del sistema político y de los instrumentos principales del líder para movilizar a sus seguidores y demostrar su apoyo masivo” (Weyland, 2004:36. Véase Roberts, 1995).

Dentro de esta perspectiva de análisis, en los años recientes —los años de la democratización latinoamericana— el estudio del fenómeno ha sido relanzado en contextos tan diversos —académicos y políticos, principalmente—, que algunos autores se han apresurado en advertir sobre el advenimiento de una suerte de “pospopulismo”. En este sentido, no faltan razones para fundar el hecho de que tanto el fujimorismo peruano como el chavismo en nuestro país deben considerarse —hasta nuevo aviso— como las dos versiones actualizadas, renovadas, del populismo latinoamericano tradicional o clásico.

NEOPOPULISMO Y ANTIPOLÍTICA

Pensando en los populismos de nuevo cuño, el politólogo boliviano René Mayorga fue el primero en proponer la expresión *neopopulismo*, vinculando el fenómeno con el crecimiento vertiginoso de la *antipolítica* —sentimiento extendido de rechazo a todo lo que de cerca o de lejos tenía que ver con la política— en casi todos nuestros países en la última década del pasado siglo. “Pienso que el neopopulismo —observa Mayorga— es una forma elevada de decisionismo y voluntarismo político que se ha desarrollado en un marco de debilitamiento institucional y decadencia política que tiene sus raíces en una profunda crisis de las instituciones democráticas (partidos, ejecutivos, parlamentos, etcétera)” (Mayorga, 1995:27; Weyland, 1996:3-31).

De modo tal que la crítica del “populismo realmente existente”, particularmente en los años noventa, se planteó siempre desde posiciones democráticas, un tanto a la defensiva, excluyendo por principio el muy conocido léxico de la izquierda marxista, más inclinada esta última hacia las conocidas fórmulas integristas o “revolucionarias”.

En la teoría y en la práctica, el populismo de los noventa, también identificado como neopopulismo, ha representado para no pocos observadores la respuesta

“natural” del liderazgo político regional a la exacerbación de las demandas de carácter popular en la segunda década de una democratización inconclusa de la política latinoamericana.

En el caso de los países andinos, caracterizados por la presencia de electorados fuertemente volátiles, los líderes neopopulistas se fueron imponiendo como los campeones de la *antipolítica* y, en cuanto tales, pasaron a convertirse en los primeros portadores de una suerte de *superoferta* electoral que, en la oposición y en el gobierno, se tradujo en el bloqueo de instituciones clave para el funcionamiento del Estado democrático, por una parte, y en la promoción hacia los puestos de dirección política de un personal improvisado, si no esotérico y extravagante, por otra.⁶

En la medida en que el nuevo clivaje “política democrática/antipolítica”, que identifica a las nuevas relaciones de fuerzas en nuestros días, el mismo ha ido dejando atrás al tradicional clivaje “oligarquía/masa popular” de los orígenes del populismo latinoamericano –en la medida en que el enemigo principal ya no es sólo lo que queda de oligarquía–, asumiendo las líneas de ruptura entre los intereses del “pueblo soberano”, por una parte, frente a los privilegios de aquellos sectores sociales no identificados con el movimiento antipolítico, por otra.⁷ De aquí la convergencia de las fuerzas populares hacia el “gran rechazo” de todas aquellas instituciones identificadas con el “orden” anterior: a su turno, los partidos, la Fuerza Armada, los medios de comunicación, la universidad. Todo con una no muy velada tendencia a la personalización de la representación política, la misma que va a desembocar necesariamente en la concentración de los poderes en la persona del líder plebiscitario (Ramos Jiménez, 2002:15-46).

NEOPOPULISMO Y VIDEOPOLÍTICA

Al descrédito de la clase política y la degradación del partidismo se sigue la emergencia de líderes carismáticos con alta aceptación en los sectores populares

⁶ La política desplegada por Chávez y el chavismo en el poder se movió en los años que precedieron al referendo revocatorio presidencial de agosto de 2004 en la arena movediza del desgobierno. De modo tal que la propensión chavista hacia una suerte de legitimación de la ilegalidad, con el líder plebiscitario ocupado en una campaña electoral permanente y en la promoción de políticas de resentimiento en los sectores populares excluidos, están en el origen de una inestabilidad política que ha provocado altos niveles de conflictividad y polarización, más política que social, ciertamente (Cf. Ramos Jiménez, 2004:21-24).

⁷ Véase mi trabajo sobre el origen de los partidos políticos latinoamericanos desde la perspectiva de los clivajes sociales y las correspondientes familias políticas (Ramos Jiménez, 2001).

deprimidos y abandonados. Al comienzo, en las luchas de oposición —época de lucha electoral radicalizada— los nuevos líderes se presentan como los portadores de la reivindicación contra las élites. Ya en el gobierno evitan regresar al barrio marginal de las grandes ciudades, puesto que les resulta suficiente presentarse frecuentemente sea en la televisión (frecuentes cadenas nacionales de radio y televisión) o marcando las distancias (desde altas tarimas o vehículos inabordables) en las grandes concentraciones de apoyo a la retórica encendida, en la que se resumen sus políticas.

En efecto, el liderazgo neopopulista en nuestros países ha desplegado en los años recientes una política de sobreutilización de los medios, específicamente la televisión, para llegar con su imagen y discurso hasta “donde nadie podía llegar”, dando vida y canalizando aquello que recientemente ha sido abordado, sea como la forma privilegiada de la *videopolítica* o política-espectáculo (Taguieff, 2002:117-121), o bien como una forma de movilización popular que se resume en la expresión *cyberpopulismo* (Hermet, 2001:406-408).⁸

El liderazgo populista de nuestros días —entiéndase bien, tanto en Europa como en nuestros países— se presenta a partir de los dichos y hechos del jefe político convertido en el “gran comunicador”, el “hábil manipulador”, real y simbólico, de las aspiraciones y expectativas del pueblo movilizado por una causa común. En este sentido debe asumirse el hecho de que en la experiencia latinoamericana los líderes populistas son “los líderes que explotan, con éxito o no, el imaginario popular nutrido por ideales democráticos, en quienes domina el deseo de abolir la barrera o distancia, incluso toda diferencia, entre gobernados y gobernantes, entre los de arriba y los de abajo” (Taguieff, 2007:285. Cf. Capriles, 2006:76-77).

Y en la medida en que el modelo de una *democracia de opinión* se va superponiendo al de la frágil *democracia de partidos*, el líder neopopulista se presenta “actualizado”, ahora preocupado por “dejarse ver más que entender” por un público que él mismo considera cautivo. Con el declive profundo de los partidos políticos, los medios de comunicación toman el relevo, particularmente en lo que

⁸ La expresión ha sido utilizada por Guy Hermet para dar cuenta de una experiencia latinoamericana tan actual como original, establecida a partir de una “red mundial de internautas”, admiradores del autoproclamado subcomandante Marcos en México: “Los indios del Estado mexicano de Chiapas no pertenecen al primer mundo, sus calificados defensores del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) lo tienen en cuenta. Éstos practican hacia ellos un populismo trivial, a la vez subversivo, despótico y evangélico conforme a su miserable condición” (Hermet, 2001:406).

corresponde a su función pedagógica y de intermediación de los intereses. “Los canales de comunicación política –ha observado Bernard Manin– afectan a la naturaleza de la relación representativa: mediante la radio y la televisión, los candidatos pueden de nuevo volverse a comunicar directamente con sus circunscripciones sin la mediación de la red del partido”. Por consiguiente, “el creciente papel de las personalidades a costa de los programas es una respuesta a las nuevas condiciones en las que los cargos electos ejercen su poder” (Manin, 1998:268-269).

Fujimori en Perú y Chávez en Venezuela –el parecido es innegablemente de familia– contaron, desde sus primeras incursiones en la política electoral, con el apoyo sostenido de los medios para “conquistar” electorados abandonados por un partidismo degradado en los dos países y, si bien se apoyaron en sus “partidos”, rápidamente constituidos para la ocasión (Cambio 90 y MVR, respectivamente), los mismos sólo servirían para alimentar la demagogia del líder mesiánico, asegurándole una necesaria apariencia democrática, escondiendo el virus autoritario del que siempre han sido portadores. Los dos presidentes neopopulistas –adelantándose a las experiencias posteriores de Evo Morales y Correa– cada uno a su manera, lograron en poco tiempo hacerse con el control de instituciones clave (electoral y parlamentaria) para neutralizar cualquier respuesta del derrotado y desmovilizado partidismo.⁹

No nos extrañe entonces el hecho de que tanto el peruano como el venezolano hayan apelado, cada uno a su tiempo, a la conocida fórmula de la *democracia participativa* –y protagónica, según el texto de la Constitución Bolivariana de 1999– como la fórmula política llamada a sustituir a la *democracia representativa*, fórmula que paradójicamente han esgrimido unos cuantos dictadores, en una larga lista que incluye a Pinochet. Hoy en día, la misma ha sido recogida y popularizada por Evo Morales en Bolivia, Ollanta Humala en Perú y Rafael Correa en Ecuador, en sus respectivas campañas electorales (Ramos Jiménez, 2006:25; véase Arenas y Gómez Calcaño, 2006).

⁹ El advenimiento de una “política sin partidos” hacia finales del siglo pasado, fue estrechamente acariciado por aquellos sectores del partidismo desencantado con la promesa democrática. El extremista neonazi argentino Norberto Ceresole, asesor de la primera hora chavista (1994), se refiere a esta etapa de la historia política latinoamericana como la época que en nuestros países anuncia lo que él denominó “posdemocracia”, en la cual “el caudillo no tiene otra ley que su propia voluntad” (Garrido, 2001:9). Ceresole se había presentado ante Chávez y sus seguidores como “asesor del general Juan Velasco Alvarado, en el Perú”, e “interlocutor de Juan Domingo Perón, de Salvador Allende y del ex jefe de la inteligencia cubana, comandante Piñero, entre otros” (p. 18).

El fervor populista de ciertas corrientes de la así llamada “izquierda reaccionaria”, que ha llegado con retraso a la política democrática en nuestro país, está en el origen de un conjunto de propuestas radicales, “innovadoras” y “progresistas”, según sus portadores. Ello no sería importante si no fuera por el hecho de que en una buena parte de la literatura populista, el fenómeno ya había sido descrito e interpretado, sea como “el socialismo de los países pobres” (Cf. Canovan, 2005:78-79), o bien como una variante del así llamado “socialismo del Tercer Mundo”.¹⁰

No deja de ser paradójico, por consiguiente –si no sintomático de una patología social–, el hecho de que asistamos hoy en día en nuestro país a una suerte de recuperación del populismo tradicional desde posiciones que se autoproclaman de izquierda. Así, envuelto en el ropaje de un indefinido “nuevo socialismo”, se ha pretendido cobijar la ilusión populista bajo la muy vaga promesa de una nueva sociedad, que portaría en su seno los fundamentos de un “hombre nuevo” socialista. De aquí que, ante la ausencia de un ideólogo o teórico de peso en nuestro país, han comenzado a llegar desde fuera unos cuantos “pensadores” espontáneos, convertidos en los portadores de la “buena nueva”, todo bajo la fórmula de un prometedor “socialismo del siglo XXI”.¹¹

¹⁰ “La verdadera importancia del Tercer Mundo –ha observado Fernando Mires– fue alcanzada cuando en el contexto de la confrontación de bloques, el concepto pasó a tener uso político. (...) El Tercer Mundo comenzó a ser imaginado políticamente cuando fue evidente que el estallido revolucionario ruso no se multiplicó en el continente europeo, como creían los bolcheviques. (...) Amílcar Cabral, Che Guevara y Fidel Castro fueron socios cofundadores de la ideología del Tercer Mundo, de acuerdo con la cual la “periferia” se levantaba contra el “centro”, inaugurándose una realidad que a Marx nunca se le había pasado por la cabeza: la del socialismo del Tercer Mundo, en que la idea de revolución y del desarrollo se entrelazaban *dialécticamente*” (Mires, 2005:229-230. El destacado es mío).

¹¹ En su conclusión provisional sobre las posibilidades de pervivencia de la revolución cubana, el profesor alemán Heinz Dieterich se atribuye a sí mismo una tarea enorme, nada menos que la de trascender lo que, según él, son las carencias científico-sociales de la experiencia cubana, puesto que, en sus palabras, en nuestro continente “nadie sabe cómo construir el socialismo”: “La mediocridad de las ciencias sociales y de la filosofía en los países del socialismo histórico está íntimamente vinculada al actual problema de la transición cubana. De hecho, constituye, junto con el problema cibernético del partido-Estado, una de sus dos raíces más profundas. La razón de esta mediocridad la comparte con la filosofía latinoamericana. Ambas nacen de la mistificación de la verdad histórica. Son, en el sentido de Marx, ideología, es decir, conciencia objetivamente falsa” (2006:141-142).

No faltan elementos para ubicar al ideólogo alemán del chavismo dentro de lo que se ha dado en llamar “marxismo residual”, que consiste en aquello que Fernando Mires, en texto reciente, ha denominado “restos del conservadurismo marxista de nuestro tiempo”. Se trata de un conjunto de ideas que han ido reformulándose en el seno de una izquierda nostálgica del “socialismo en un solo país”, todo dentro del contexto del fin del comunismo en los países del Tercer Mundo (Mires, 2005:15).

EL PROYECTO DE “SOCIALISMO DEL SIGLO XXI” COMO “NUEVO PROYECTO HISTÓRICO DE HUGO CHÁVEZ”

Para el pensamiento marxista, el socialismo —es bien conocido que la expresión es anterior al planteamiento de los fundadores del materialismo histórico— ha sido siempre considerado como una “etapa de transición” hacia el comunismo. La cuestión ha resultado problemática cuando en la experiencia de las sociedades del “socialismo real” no se ha encontrado demostración histórica alguna de que tales sociedades se muevan en ese sentido. Por el contrario, todos los indicios apuntan hacia la presencia permanente de un aparato burocrático estatal —monopolio del poder político por el partido oficial— que ha ido creando nuevos privilegios de clase, por una parte, y el control estatal de los medios esenciales de producción —planificación económica centralizada— que reserva la iniciativa a la estructura del poder estatal, por otra. Ello está en el origen de un extendido cuestionamiento, en los medios académicos y políticos, de la naturaleza socialista del así llamado “socialismo real”.

La intención de renovar la experiencia en los países del “Tercer Mundo” no es nueva y ha venido identificando hasta nuestros días, tanto el proyecto político de los partidos comunistas latinoamericanos desde los años treinta como el de los diversos movimientos de Liberación Nacional en un buen número de países, desde los sesenta. Ahora bien, el hecho de que en nuestro país el presidente Chávez haya desplegado la idea de construcción de un “nuevo socialismo” no sería relevante si no fuera por el hecho de que la idea ha sido adoptada como bandera ideológica por gobiernos —Bolivia, Ecuador y Nicaragua— y movimientos identificados con una cierta “izquierda” radical, constituida en la alternativa política de aquellas democracias representativas que han entrado en situación de descomposición o crisis.¹²

Corresponde al sociólogo chileno Tomás Moulián la proposición original de la expresión “socialismo del siglo XXI”, orientada hacia la superación teórica y práctica de la tradicional discusión sobre reforma o revolución, en el contexto económico y político cambiante del fin de siglo latinoamericano. La idea crucial de Moulián consiste en la determinación del nuevo socialismo, no como desarrollo histórico, sino como posibilidad social (Moulián, 2000).

¹² Sobre la base social, desarrollo y proyecto de la “familia socialista” en nuestros países me he detenido en mi estudio comparativo de los partidos políticos latinoamericanos (*Cf.* Ramos Jiménez, 2001:211-236).

En textos recientemente publicados, para consumo interno de la militancia chavista, Heinz Dieterich y la psicóloga chilena Martha Harnecker se han propuesto, al parecer sin beneficio de inventario, vender al mundo una original interpretación, basada en una lectura “marxista” del así llamado “fenómeno Chávez”, dentro del contexto de la globalización capitalista. Inicialmente, su propuesta llenaba ciertamente una laguna en la pobreza intelectual del chavismo y venía a constituirse en la fundamentación teórica del proyecto personal de Chávez, presentado como la alternativa bolivariana a una fracasada democracia representativa en el resto de países latinoamericanos (Dieterich, 2004, 2005; Harnecker, 2003).¹³

En sus escritos, Dieterich, vinculado estrechamente con el Partido Comunista Cubano, asume su trabajo con la intención explícita de alcanzar una formulación “racional-crítica o científica, estética, ética y cotidiana” (*sic*) de lo que, según él, constituye la convergencia actual de “los dos socialismos, cristiano y científico”, incorporando la “nueva” doctrina en la interpretación del desarrollo y funcionamiento de la “sociedad poscapitalista” (Dieterich, 2005:17). En todo caso, el profesor alemán orienta su trabajo a “responder a la convocatoria del presidente Hugo Chávez de *inventar el socialismo del siglo XXI* o *socialismo de la nueva era*, y ayudar, en tal sentido, con una propuesta constructiva que va más allá de la crítica al capitalismo global o a las interpretaciones históricas (hermenéuticas) de lo que Marx, Engels y Lenin, *realmente querían decir*” (p. 9).

Sin detenerse a enunciar y discutir la vía que llevará al movimiento socialista revolucionario al poder ni, menos aún, los lineamientos básicos del ejercicio del nuevo poder socialista, presentes en toda teoría revolucionaria que se asuma como tal, Dieterich considera que ello no hace falta en la experiencia venezolana del chavismo: “El comandante Hugo Chávez –advierte– puede ser optimista ante su peripecia deseada. Una parte considerable del camino ya ha sido recorrido, tanto en el campo de la ética material como en la construcción del núcleo científico de la teoría revolucionaria contemporánea. En este sentido, más que de una tarea de “inventar” la teoría, se trata ahora de divulgarla y construir sobre ella”.¹⁴

¹³ Hoy en día y en nuestro país, se desconoce –si alguien lo puede saber– hasta qué punto la profesora Harnecker sigue o aplica las lecciones de su muy conocido manual, desautorizado hace cierto tiempo por su maestro francés, Louis Althusser. Freddy Muñoz afirma que el invento del “socialismo del siglo XXI” de Dieterich se remonta, según este último, a 1996, aunque su publicación como libro se realiza en 2000, para su distribución en México, Ecuador, Argentina, Centroamérica, Brasil y Venezuela (Cf. Martín y Muñoz, 2007:13).

¹⁴ Citado en Martín y Muñoz, p. 28. Debe anotarse que ya avanzado el año 2007, después del triunfo electoral arrollador de Chávez en las presidenciales de 2006, y cuando comienzan a tomarse las primeras medidas de corte totalitario, el profesor alemán, al parecer ya en desgracia, habría de proceder a hacer unas cuantas

Si bien es cierto que, en su búsqueda de una base filosófica para el proyecto “revolucionario” de Chávez, el profesor de la Universidad Autónoma Metropolitana de México procedió, rápida y acriticamente a desentrañar el significado y naturaleza de aquello que, según él, constituía el “nuevo proyecto histórico de Hugo Chávez”, no lo es menos el hecho de que Dieterich haya sido el primero en trazar los alcances de dicho proyecto. En tal sentido, según el profesor, *la larga noche de la teoría revolucionaria antiburguesa* —como se lee en el texto de Dieterich— *duró tres lustros hasta que el revolucionario Hugo Chávez la rehabilitó públicamente y le devolvió su status emancipador, no sólo en defensa de la humanidad, sino en pro de su liberación definitiva. Es en este sentido que se justifica la frase, “la Revolución Mundial pasa por Hugo Chávez”* (2005:29. El destacado es mío). Como pocos años antes lo hiciera con Fidel Castro, Dieterich aporta unos cuantos elementos para reafirmar la intención manifiesta de propagar una suerte de “culto a la personalidad” del presidente Chávez, considerado ligeramente como el legítimo heredero de la causa revolucionaria castrista, pasando por alto la vocación militarista del Presidente venezolano.¹⁵

Este ejercicio de exaltación y promoción de un nuevo liderazgo revolucionario en América Latina constituye, en buena parte, el resultado de una recepción tardía del romanticismo y nostalgia de la vieja izquierda europea, que se niega a aceptar la realidad de la caída del muro de Berlín. El carácter personalista, si no voluntarista, de un tal ejercicio intelectual resulta innegable: “La concepción que Dieterich exhibe —observa Muñoz—, sin intentar siquiera una matización, es extremadamente *individuocéntrica*. El pueblo o las clases revolucionarias —ésta no existen para él, según nos indica la total omisión acerca de ellas— no cuentan en los procesos de cambio: cuentan el líder, el jefe o el que manda. Por supuesto, esto es para Chávez miel sobre hojuelas” (2006:19).

rectificaciones en sus muy publicitados diagnósticos, dejando a los divulgadores de su “socialismo del siglo XXI” sin armas para la lucha ideológica, necesaria para la aprobación de una radical “reforma constitucional”, en diciembre de 2007, orientada hacia la instauración del mismo en Venezuela.

¹⁵ Como hemos visto más arriba, la ausencia de referentes ideológicos locales dejó abierto el espacio para unos cuantos ensayos de justificación de la “Revolución Bolivariana” desde perspectivas que se reclaman de la izquierda marxista latinoamericana, en los que no falta la recurrente exaltación del líder del “proceso revolucionario”. Aunque, como lo ha observado Héctor Silva Michelena, la cuestión va más allá del ámbito intelectual: “De tanta adulación y ciega inclinación ante su autoridad, se ha desarrollado, en la mayoría del pueblo, un gran Culto a la Personalidad del líder, una ponderación excesiva de sus méritos reales, la conversión de la personalidad del hombre en un fetiche adorable. Chávez lo retroalimenta a través de un formidable aparato propagandístico de sus realizaciones y proyectos, y sus destempladas imprecaciones contra el imperialismo y denuncias sobre supuestos magnicidios” (2007:45).

Ahora bien, el estudio y examen de las fuentes político-ideológicas del liderazgo personalista de Chávez ubica a este último en el vértice de una combinación probable entre la herencia de Perón y la del Che Guevara y, por lo mismo, corresponde a un imaginario social y político que nada tiene que ver con el socialismo. En todo caso, tratase de una amalgama específica, que confunde en el mismo espacio el ingrediente fascistoide del militarismo de Perón, particularmente su propensión a la arbitrariedad o a lo que en nuestros días se presenta como una neta *legitimación de la ilegalidad*, por una parte, y el voluntarismo guevarista –con innegables connotaciones mágico-religiosas–, el mismo que, en los sesenta, se propuso originalmente como la fórmula política que habría de viabilizar un proyecto revolucionario continental decididamente anticapitalista y antiimperialista, por otra.¹⁶

En su demarcación de las “dos izquierdas” en la política latinoamericana de fin de siglo, Teodoro Petkoff ha observado: “No es el de Chávez un gobierno dictatorial y mucho menos totalitario a la cubana, pero tampoco es una democracia. Autoritario, militarista, con fuerte propensión autocrática, la afirmación de su poder personal es el alfa y omega del comportamiento de Hugo Chávez, quien ha hecho de la lealtad al jefe la piedra de toque de su política (...) De modo que si de *inventar el socialismo* se trata, lo actuado hasta ahora quizás permite concluir que

¹⁶ Promediando el año 2003, cuando la quiebra del gobierno chavista era más que evidente, el Presidente encontró el momento y el lugar para reafirmar la originalidad de su proyecto, alejado, según él de la identificación comunista: “¡No hombre! Yo no soy comunista. Es más, yo ni siquiera he estudiado el comunismo. Y aun siendo comunista, si lo fuera, en este momento en Venezuela el proyecto no puede ser comunista. Y tengo amigos comunistas (...) Fidel, mi amigo y hermano, es comunista, pero el proyecto de Venezuela no es comunista” (*El Nacional*, 09-06-2003. Citado en Arenas y Gómez Calcaño, 2006:138).

Los trabajos que se inscriben dentro de la promoción del “socialismo del siglo XXI”, por lo general se detienen en la condena abstracta del capitalismo, imperialismo y neoliberalismo, si no de la globalización. Nunca se detienen en la “normativa” que debería identificar al proyecto de construcción del socialismo en Venezuela. “Esa construcción socialista, que no es proceso de un día –se lee en la contribución al debate de un profesor identificado con el proyecto chavista–, se irá forjando a un tiempo sobre la base de experiencias anteriores, sobre la base de lo que se vaya demostrando como válido a partir de la experiencia directa y de las críticas que hay que hacer a lo que se hace y a lo que está pasando. Es sobre esa base que puede confiarse en que de verdad este movimiento, o estos movimientos diversos de oposición al capitalismo, no sólo crezcan, sino que puedan conformar espacios teóricos que sirvan para darle un sentido, un alcance y una proyección definida a esta hermosa lucha y a este combate revolucionario y democrático lleno de pueblo y cargado de esperanza” (Acosta, 2007:68). Queda claro que con este tipo de propuestas, vagas y generales, no se podía fundar en modo alguno un proyecto político viable para el chavismo en el poder. Por el contrario, el discurso y la propuesta del liderazgo y de sus pocos intelectuales se han quedado a medio camino, entre la voluntad de avanzar y la necesidad de realizar, de lo que resulta un neopopulismo que, para servir a la causa del movimiento, se auto-define revolucionario. Sobre las carencias intelectuales del chavismo me he detenido en un trabajo anterior (Cf. Ramos Jiménez, 2003:107-125).

lo que va surgiendo de ese propósito se orienta más hacia los modelos fracasados que hacia una versión democrática del socialismo” (2005:37).

Si nos detenemos a observar la orientación monopolista del chavismo, una vez superado el *momento electoral* —que dura un poco más de ocho años—, particularmente a partir de la invitación presidencial a la constitución de un “partido único de la revolución”, todo bajo la dirección y control del “jefe máximo”, ello nos parece un tanto alejado de las tesis del marxismo-leninismo y más cercano de las tesis antiliberales de Karl Schmit, el teórico filonazi del *poder total*. Así, la contraposición de una idílica “democracia participativa y protagónica” con la democracia representativa de cuño liberal, identifica a la ideología chavista con conocidas posiciones totalitarias que, en su tiempo, esgrimieran los teóricos del nazismo en la época de la república alemana de Weimar y los ideólogos del fascismo italiano de los años treinta.

En tal sentido, encontramos con mayor frecuencia de la que se podría pensar, en la retórica chavista, unos cuantos acentos relevantes del *romanticismo político* schmittiano, el mismo que se expresa con el recurso a fórmulas antirracionalistas y metapolíticas. Y es que, según el jurista alemán, la “democracia real o auténtica” no podía ser representativa, en el sentido de delegación de intereses. Aquella debe ser la “expresión de la igualdad entre pueblo y gobierno”, y debe realizarse en “la identificación del pueblo con un líder popular y carismático, en una forma más perfecta que en el estado de derecho” (Schmitt, 1990:22).

Como hemos visto más arriba, el ideal socialista, presente en la retórica del chavismo en el poder, encuentra límites decisivos y significativos en la naturaleza populista de la acción gubernamental del líder plebiscitario, en la construcción compulsiva de un “partido unido socialista”, con base en lealtades oportunistas y provisionales y, por lo mismo, sin capacidad para asegurar la viabilidad de un proyecto personal con pretensiones continentales. De aquí que el “socialismo del siglo XXI”, “socialismo bolivariano” en la experiencia venezolana de los años recientes, no sea otra cosa que el ropaje ideológico de un genuino “populismo del siglo XXI”, con fuertes connotaciones militaristas.

¿CONSTITUYE EL CHAVISMO UN POPULISMO REVOLUCIONARIO?

El intento presente por inscribir la propuesta ideológica de Chávez y del chavismo en el poder dentro del viraje de la política latinoamericana de fin de

siglo hacia los terrenos de la izquierda ha encontrado hasta aquí obstáculos reales insuperables, particularmente vinculados con la concepción y ambición personal del líder del proceso y con una notable ausencia de convicciones socialistas o revolucionarias firmes en sus cercanos colaboradores.¹⁷

La tendencia a incluir la experiencia de Chávez y del chavismo en el poder en línea directa con una cierta tradición revolucionaria en América Latina, como lo hemos visto más arriba, parece hoy en día en franco retroceso. Y es que la experiencia chavista no se inscribe en modo alguno con las experiencias revolucionarias más destacadas de la historia latinoamericana: las revoluciones mexicana, en las dos primeras décadas del siglo XX, la boliviana y cubana en los años cincuenta. Más bien se inscribe dentro de las diversas tentativas de corte voluntarista orientadas hacia una "reconstrucción de la democracia" bajo liderazgo carismático. "El gobierno de Chávez en Venezuela –se afirma en reciente escrito– es la más consistente y prolongada expresión de un populismo revolucionario gobernante, que se manifiesta en el discurso y la acción, además de la pretensión de ejercer influencia en la región latinoamericana" (Benavente Urbina y Cirino, 2005:68).

En su estudio, pleno de sugerencias para la investigación, sobre el liderazgo carismático en los movimientos populares y revolucionarios de América Latina, la profesora Diane Raby ha observado cómo "para entender tanto a Fidel como a Chávez es necesario reconocer que sus raíces históricas e ideológicas no se encuentran en la ortodoxia de la izquierda, sino en la tradición populista latinoamericana. Esto se refleja claramente en el discurso de ambos líderes, tanto en el estilo como en el contenido" (2006:62).

Ahora bien, Raby considera que en la experiencia latinoamericana se puede ser simultáneamente populista y revolucionario, todo depende de la capacidad del líder carismático para identificarse con las esperanzas del pueblo y con la causa de la izquierda revolucionaria (p. 64). Ello no deja de despertar unas cuantas interrogantes, que la autora despacha apoyándose en los tan conocidos como discutibles planteamientos de Ernesto Laclau, expuestos originalmente en sus escritos de la década de los setenta, sobre la posibilidad histórica y política del surgimiento de un "populismo socialista", como la ideología de la clase obrera latinoamericana.

¹⁷ Sobre el dilema chavista, planteado en torno de la idea revolucionaria –¿violenta o pacífica?–, me he detenido en un primer análisis sobre el "fenómeno Chávez", incluyéndolo dentro de lo que considero los límites del liderazgo plebiscitario en nuestro país. El mismo formó parte de una primera aproximación al estudio de la experiencia chavista en sus primeros años en el poder (Cf. Ramos Jiménez, 2002b:30-37).

El populismo, observa la profesora inglesa, “puede ser de derecha, de izquierda o de centro según la coyuntura y el balance de las fuerzas clasistas en un país específico en cierto momento. Se trata entonces de un fenómeno o de una *técnica* política, de discurso y de movilización de masas, que se puede manifestar en diferentes países y situaciones en movimientos de ideología y significado político totalmente contrarios” (p. 66).

En sus observaciones críticas sobre el liderazgo carismático, Raby deja abierta la posibilidad de que Chávez y el chavismo en el poder sean simultáneamente populistas y revolucionarios, puesto que en la medida en que se configura un “populismo de las clases oprimidas”, el mismo será siempre “potencialmente revolucionario” (p. 64). Ahora bien, en la medida en que ése “potencialmente” entra en el plano de las posibilidades, se deja de lado rápidamente aquello que Guy Hermet en un conocido texto definió como “el azar y la necesidad” de la construcción democrática, que con frecuencia conducen a situaciones en las que los actores deben confrontar toda una gama de situaciones y desafíos, que terminan desnaturalizando las “nobles intenciones” y los “sanos propósitos”, presentes en el discurso identificador del liderazgo plebiscitario (1989:9).

En el caso venezolano, Chávez utiliza la movilización popular (grandes concentraciones de seguidores uniformados de rojo) como el elemento simbólico incluyente del pueblo movilizado para la causa y, por lo mismo, excluyente de quienes no compartan esa identificación autoproclamada popular, de lo cual resulta una polarización de la sociedad que eleva los niveles de la conflictividad, negando las posibilidades de deliberación y negociación democrática. Y, si de potencialidades revolucionarias se trata, las mismas están ausentes en el énfasis personalista y voluntarista de la convocatoria popular del líder plebiscitario, por una parte, y en la manipulación de las expectativas ciudadanas desde las cimas del poder neopopulista, por otra. Y es que Chávez ha sabido manejar los legítimos temores de una clase media amenazada por todas partes: desde la inseguridad ambiente hasta los elevados niveles de desempleo, que fomentan el crecimiento de una economía informal.

Desde el ámbito político y académico europeo, con mayor frecuencia de la que se podría pensar, resulta de buen tono referirse al “anatema” populista, producto, según algunos, de “una poderosa arma de descalificación” (Do Alto, 2008:54-66). Al hacerlo, se pasa por encima de la naturaleza específica de la movilización popular que en uno u otro país obedece a relaciones de fuerzas particulares orientadas hacia un necesario *cambio de régimen*. De este modo, el

liderazgo plebiscitario y carismático de Chávez, Morales y Correa, fácilmente es encasillado dentro de lo que se considera una legítima respuesta popular frente a los excesos del neoliberalismo.

Ahora bien, en la medida en que el parentesco con las experiencias de la extrema derecha europea, en las dos últimas décadas del pasado siglo es innegable, la identificación popular con los campeones de la *antipolítica* en nuestros países configura un fenómeno, que debe ser señalado como la causa de unos cuantos traumas y fracasos en la empresa común de la democratización latinoamericana. De aquí que sea incorrecto incluir las experiencias neopopulistas dentro de una “política de lo posible”, que canalizaría en nuestro continente todo proyecto de transformación social. Porque el personalismo y el voluntarismo en las relaciones entre gobernantes y gobernados constituye una regresión en nuestros países y en modo alguno un avance o progreso.¹⁸

La discusión sobre la naturaleza del liderazgo de Chávez resulta, por consiguiente, un asunto que va más allá de la crónica periodística y debe inscribirse significativamente en el estudio más amplio del proceso de democratización latinoamericano en el nuevo siglo. De modo tal que las posibilidades reales del esfuerzo colectivo, encaminado hacia la democratización de los sistemas políticos en todos y cada uno de nuestros países, deben asumirse como elementos decisivos en la reflexión sobre los avances y retrocesos de las diversas experiencias, que se han venido presentando en los años recientes bajo la forma de alternativas válidas a una difícil construcción democrática.¹⁹

Se impone, asimismo, un estudio comparativo de las diversas experiencias latinoamericanas del así llamado “liderazgo en transición”, que ha marcado significativamente unas cuantas tentativas de “reconstrucción” de la democracia

¹⁸ Afirmar que las políticas asistencialistas del gobierno de Chávez, incluidas en su malogrado proyecto de reforma constitucional, apuntaban hacia la creación de nuevos derechos para la población es una forma de desconocer la profunda aspiración del líder plebiscitario por mantenerse en el poder por largo tiempo, apoyándose en una relación de clientela, gracias a la amplia disponibilidad de la creciente renta del petróleo. La experiencia de Chávez en el poder resulta inviable en Bolivia y Ecuador o en cualquier otro país, que no cuente con recursos abundantes para su distribución entre los más pobres (véase Ellner, 2006:83-86). “El chavismo real –observa Arturo Sosa– luce, por tanto, como un régimen político personalista en el cual el líder carismático juega un papel imprescindible en la conducción del proceso y en la dirección de las organizaciones sociales y políticas” (Sosa, 2007:55).

¹⁹ Sobre las experiencias de la democratización en América Latina, incluyendo un estudio sobre el modelo de la “democracia de partidos” y sus alternativas, me he detenido en un trabajo actualmente reeditado (véase Ramos Jiménez, 2008).

en nuestros países en época reciente. Porque la búsqueda de una ideología que identifique proyectos personales de toma y mantenimiento en el poder, independientemente de su adscripción política subjetiva, no debe tomarse ligeramente con la referencia unilateral a las propuestas explícitas de sus proponentes. En ello cabe recordar la conocida advertencia de Marx, en su *18 Brumario* de Luis Bonaparte (1853):

Así como en la vida privada se distingue entre lo que un hombre dice o piensa de sí mismo y lo que realmente es y hace, en las luchas históricas hay que distinguir todavía más entre la fraseología y las pretensiones de los partidos y su constitución efectiva y verdaderos intereses, entre lo que se imaginan ser y lo que son en la realidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ACOSTA, V. (2007). “Siglo XXI: capitalismo y socialismo”, en G. Castro, ed. *Debate por Venezuela*, pp. 47-69. Caracas: Editorial Alfa.

ÁLVAREZ JUNCO, J., comp. (1987). *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*. Madrid: CIS.

ARENAS, N. y L. GÓMEZ CALCAÑO (2006). *Populismo autoritario: Venezuela 1999-2005*. Caracas: Cendes.

BENAVENTE URBINA, A. y J.A. CIRINO (2005). *La democracia defraudada. Populismo revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: GSE.

BOTTOMORE T. et al., eds. (1984). *Diccionario del pensamiento marxista*. Madrid: Tecnos.

BURBANO DE LARA, F., ed. (1998). *El fantasma del populismo. Aproximación a un tema (siempre) actual*. Caracas: Nueva Sociedad.

CABALLERO, M. (2002). *Revolución, reacción y falsificación*. Caracas: Alfadil Ediciones.

CANOVAN, M. (2005). *The people*. London: Polity Press.

CAPRILES, C. (2006). "La enciclopedia del chavismo o hacia una teología del populismo". *Revista Venezolana de Ciencia Política*, n° 29, pp. 73-92.

CONNIFF, M.L., ed. (1999). *Populism in Latin America*. Tuscaloosa: University of Alabama Press.

CUEVA, A. (1988). *Las democracias restringidas de América Latina. Elementos para una reflexión crítica*. Quito: Planeta.

DE LA TORRE, C. (2004). "Un balance crítico a los debates sobre el nuevo populismo", en Weyland, K. et al. (2004). *Releer los populismos*, pp. 53-78. Quito, Centro Andino de Acción Popular.

DI TELLA, Torcuato S. (1993). *Historia de los partidos políticos en América Latina. Siglo XX*. Buenos Aires: FCE.

DIETERICH, H. (2006). *Cuba y el socialismo del siglo XXI*. Caracas: Monte Ávila.

_____ (2005). *Hugo Chávez y el socialismo del siglo XXI*. Caracas: IMP.

_____ (2004). *Hugo Chávez. El destino superior de los pueblos latinoamericanos*. Caracas: Alcaldía de Caracas.

DO ALTO, H. (2008). "Del entusiasmo al desconcierto. La mirada de la izquierda europea sobre América Latina y el temor al populismo". *Nueva Sociedad*, n° 214, marzo-abril, pp. 54-66.

ELLNER, S. (2006). "Las estrategias «desde arriba» y «desde abajo» del movimiento de Hugo Chávez". *Cuadernos del Cendes*, n° 62, pp. 73-93.

GARRIDO, A. (2001). *Mi amigo Chávez. Conversaciones con Norberto Ceresole*. Mérida: Ediciones del autor.

GERMANI, G. (2003). *Autoritarismo, fascismo y populismo nacional*. Buenos Aires: Temas Grupo Editorial.

GOTT, R. (2000). *In the shadow of the Liberator. Hugo Chávez and the transformation of Venezuela*. Londres: Verso.

HARNECKER, M. (2003). *Hugo Chávez Frías. Un hombre, un pueblo*. Bogotá: Ediciones desde abajo.

HERMET, G. (2001). *Les populismes dans le monde. Une histoire sociologique XIX-XX siècle*. Paris: Fayard.

_____ (1989). *En las fronteras de la democracia*. México: FCE.

LACLAU, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: FCE.

LÓPEZ MAYA, M. (2007a). *Ideas para debatir el socialismo del siglo XXI*. Caracas: Alfa.

_____ (2007b). “Sobre representación política y participación en el socialismo venezolano del siglo XXI”, en Castro, G., ed. *Debate por Venezuela*, pp. 97-108. Caracas: Alfa Editorial.

MADUEÑO, L. (2006). “La legitimidad de la democracia en la Venezuela de Chávez. Una indagación sobre el grado de satisfacción y la respuesta antisistema”. *Revista Venezolana de Ciencia Política*, n° 29, pp. 93-126.

_____ (2002). “El populismo quiliástico en Venezuela. La satisfacción de los deseos y la mentalidad orgiástica”, en A. Ramos Jiménez, ed. *La transición venezolana. Aproximación del fenómeno Chávez*, pp. 47-76. Mérida: Cipcom-ULA.

MANIN, B. (1998). *Los principios del gobierno representativo*. Madrid: Alianza.

MANSILLA, H.C.F. (1997). *Tradición autoritaria y modernización imitativa. Dilemas de la identidad colectiva en América Latina*. La Paz: Plural Editores.

MARCHART, O. (2006). “En el nombre del pueblo. La razón populista y el sujeto de lo político”. *Cuadernos del Cendes*, n° 62, pp. 37-58.

MARTÍN, A. y F. MUÑOZ (2007). *Socialismo del siglo XXI. ¿Huida en el laberinto?* Caracas: Editorial Alfa.

MAYORGA, R.A. (1995). *Antipolítica y neopopulismo*. La Paz: Cebem.

MIRES, F. (2007). *Al borde del abismo. El chavismo y la contrarrevolución anti-democrática de nuestro tiempo*. Caracas: Debate Mondadori.

MIRES, F. (2005). *El orden del caos. Historia del fin del comunismo*. Buenos Aires: Libros de la Araucaria.

MOIRA MACKINNON, M. y M.A. PETRONE, comps. (1998). *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta*. Buenos Aires: Eudeba.

MOLINA VEGA, J.E. (2003). "Izquierda y estabilidad de la democracia en América Latina: la ideología de la Revolución Bolivariana y su repercusión sobre el proceso político en Venezuela y América Latina". *América Latina Hoy. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 35, pp. 169-198.

MOLINA VEGA, J.E. y A. ÁLVAREZ (2004). *Los partidos políticos venezolanos en el siglo XXI*. Caracas: Vadell Hermanos.

MOULIÁN, T. (2000). *Socialismo del siglo XXI: la quinta vía*. Santiago de Chile: Lom Ediciones.

NEGRI, A. (2006). *Adiós Mr. Socialismo*. Buenos Aires: Paidós.

NEGRI, A. y G. COCCO (2005). *Luttes et biopouvoir à l'heure de la mondialisation: le cas exemplaire de l'Amérique latine*. Paris: Éditions Ámsterdam.

O'DONNELL, G. (1997). *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*. Buenos Aires: Paidós.

PETKOFF, T. (2005). *Dos izquierdas*. Caracas: Alfadil.

QUATTROCCHI-WOISON, D. (2007). "Les populismes latino-américains", en J.-P. Rioux, dir. *Les populismos*. Paris: Perrin.

RABY, D. (2006). "El liderazgo carismático en los movimientos populares y revolucionarios". *Cuadernos del Cendes*, nº 62, pp. 59-72.

RAMOS JIMÉNEZ, A. (2008). *Las formas modernas de la política. Estudio sobre la democratización de América Latina*. Mérida: Cipcom-UULA. (2a. edición ampliada).

RAMOS JIMÉNEZ, A. (1997/2008). *Las formas modernas de la política. Estudio sobre la democratización de América Latina*. Mérida: Cipcom-ULA. Segunda edición ampliada, 2008.

_____ (2006). “Democracia y liderazgo político. Una relación conflictiva en la experiencia venezolana”, en J.M. Cadenas, ed. *Debate sobre la democracia en América*, pp. 13-35. Caracas: CEA-UCV.

_____ (2004). “Sobrevivir sin gobernar. El caso de la Venezuela de Chávez”, *Nueva Sociedad*, n° 193, pp. 17-27.

_____ (2003). “Algunas hipótesis sobre la relación entre intelectuales y política en Venezuela”, en W. Hofmeister y H.C.F. Mansilla, eds. *Intelectuales y política en América Latina. El desencantamiento del espíritu crítico*, pp. 107-125. Rosario, Argentina: Homo Sapiens.

_____ (2002a). “Partidos y sistemas de partidos en Venezuela”, en M. Cavarozzi y J. Abal Medina, h. comps. *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*, pp. 381-409. Rosario, Argentina: Homo Sapiens.

_____ (2002b). “Los límites del liderazgo plebiscitario. El fenómeno Chávez en perspectiva comparada”, en A. Ramos Jiménez, ed. *La transición venezolana. Aproximación al fenómeno Chávez*, pp. 15-46. Mérida: Cipcom-ULA.

_____ (2001). *Los partidos políticos latinoamericanos. Un estudio comparativo*. Mérida: Cipcom-ULA.

RIVAS LEONE, J.A. (2008). *Los desencuentros de la política venezolana. Nacimiento, consolidación y desinstitucionalización de los partidos políticos*. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana.

ROBERTS, K. (1995). “Neoliberalism and the transformation of populism in Latin America”. *World Politics*, n° 48, pp. 82-116.

SCHMITT, K. (1990). *Sobre el parlamentarismo*. Madrid: Tecnos.

SILVA MICHELENA, H. (2007). “¿Es viable el socialismo del siglo XXI?”, en G. Castro, ed., *Debate por Venezuela*, pp. 37-46. Caracas: Editorial Alfa.

SOSA A., A. (2007). "Reflexiones sobre el poder comunal", en M. López Maya, ed. *Ideas para debatir el socialismo del siglo XXI*, pp. 41-58. Caracas: Alfa Editorial.

SUCRE HEREDIA, R. (2007). "Socialismo y cuestión militar", en M. López Maya, ed. *Ideas para debatir el socialismo del siglo XXI*, pp. 87-104. Caracas: Alfa Editorial.

TAGUIEFF, P.A. (2002). *L'illusion populiste. De l'archaïque au médiatique*. Paris: Berg Internacional.

WEFFORT, F.C. (1993). *¿Cuál democracia?* San José: Flacso.

WEYLAND, K. (2004). "Clarificando un concepto cuestionado: 'el populismo' en el estudio de la política latinoamericana", en K. Weyland et al. *Releer los populismos*. Quito: Centro Andino de Acción Popular.

_____ (1996). "Neo-populism and neo-liberalism in Latin America: Unexpected affinities". *Studies in Comparative International Development*, 31, 3-31.